



El brujo

Hay un caballo forzando la entrada
El brujo
en acto de fe invoca al olvido
El verde humo de la fogata
Las campanas
como cantutas o copihues rompen el silencio
salgo y el mundo de adentro me acompaña
soy un felino
que viaja con su funeral a cuestas.

Ariel Pérez



el duende

D.L. 5-3-63-10

ISSN 2219-0376

Revista digital de cultura

Año XXXVIII, Número 768,
domingo 4 de octubre de 2026

Discurso académico de ingreso: Adolfo Costa du Rels¹

Alba María Paz Soldán

Se presentará aquí un análisis de dos discursos de ingreso de Adolfo Costa du Rels en dos academias distintas. El que leyó en la Academia Nacional de la Historia Argentina el 30 de octubre de 1943, en Buenos Aires, como miembro correspondiente. Y el que leyó aquí, en La Paz, ante esta Academia Boliviana de la Lengua, el 20 de junio de 1977. El poeta Oscar Cerruto fue quien respondió.

Los analizaré como piezas de un género al que el a Fumaroli atribuyó una función “no de circunstancia, sino de *fundación*” Fumaroli lo dijo del panegírico con que cada nuevo miembro de la Academia Francesa elogia a su predecesor: ese encomio no es un trámite protocolar, sino el acto mismo por el que la corporación se refunda al recibir a un nuevo miembro. El *recienvenido* no funda nada nuevo; refunda la comunidad atando el presente al pasado. Costa du Rels pondrá a prueba esta fórmula.

Don Pedro Álvarez de discurso de ingreso a la Real Academia Española, titulado *En doscientos sesenta y tres ocasiones como esta*, leído en Madrid el 5 de junio de 1826, o discursos de ingreso el tema de su propio discurso de ingreso —un “metadiscurso”, lo llamó— y le añadió como anexo el catálogo descriptivo de los doscientos sesenta que se habían impreso. El título es una cifra: 263 son las recepciones públicas que la Real Academia había celebrado desde 1847 hasta la víspera de la suya. Tuve la suerte de trabajar con él y con otros académicos en la Comisión de Ciencias Humanas que revisaba palabras para el *Diccionario de la lengua española*, todos los jueves por la tarde de mi estadía en Madrid como miembro de la Comisión Permanente 2026 de la Asociación de Academias de Lengua Española (ASALE), en la que la Academia Boliviana de la Lengua me dio la oportunidad de participar. Este texto revisa, con documentos, el origen de los discursos de ingreso en la Real Academia Española. A ciento treinta y cuatro años de su fundación, un Real Decreto 1847 reorganizó la Real Academia Española junto con la Academia de la Historia. Fue casi una refundación, escribe don Pedro. Hasta entonces, cada nuevo académico elegido, al momento de su incorporación efectiva se presentaba en una junta ordinaria y pronunciaba una breve oración de agradecimiento. El decreto dispuso que el acto de recepción fuera público y que el entrante leyera un discurso al que contestaría el director u otro académico. Don Pedro, ve en esta reforma “un deseo claro de abrir las corporaciones a la sociedad en torno”, La primera ceremonia pública se celebró el 7 de noviembre de 1847, una semana después de que la reina Isabel II hubiera cumplido 17 años de edad. Fue un

caso único: ingresaron tres académicos a la vez (Alejandro Oliván, Nicómedes Pastor Díaz, y Eugenio Hartzenbusch) y el director de la Academia, el dramaturgo romántico y político moderado Martínez de la Riva.

Ninguno de estos discursos se imprimió entonces por separado. Tampoco se imprimió en España el siguiente, que fue de Juan Donoso Cortés. La costumbre de publicar juntos, en un solo opúsculo los discursos de ingreso y de contestación empieza solo con el ingreso siguiente, el 10 de diciembre de 1848, y lo protagoniza nada menos que José Joaquín de Mora. porque este flamante académico tenía mucho que ver con nosotros.

Mora salió de España en 1823, con la restauración absolutista de Fernando VII, y pasó tres años y medio en Londres. Vivió en Inglaterra entre los liberales exiliados que estudió Vicente Llorens, el mismo que don Pedro recuerda en su discurso como gran historiador de las discontinuidades y diásporas peninsulares. Allí conoció a muchos hispanoamericanos. En 20 de octubre de 1826, Mora zarpó rumbo a Bolivia.

convocado por Bernardino Rivadavia, presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Durante diez meses, Mora escribió *Crónica Política y Literaria* y *El Conciliador*. Caído el gobierno unitario y liberal, cruzó la cordillera de los Andes y en Santiago fundó el *Mercurio Chileno* y el Liceo de Chile; expulsado en 1831, enseñó en el Perú y creó en Lima el Ateneo. Épocas de la confederación Perú-boliviana, allí conoció al mariscal Andrés de Santa Cruz. En 1834, don Pedro llama a Bolivia pues cuando don Pedro de octubre de 1830, había establecido en La Paz la Universidad que hoy conocemos como Mayor.

Invitó a Mora a la Academia de la Lengua desde diciembre de 1834. Hizo más: redactó el estatuto de esta casa en 1835, dirigió el discurso de ingreso a la Academia de Ciencias, destinado a formar maestros y el secretario y asesor de presidente hasta 1838. Ciento nueve años antes de que la Universidad tuviera una carrera de Filosofía y Letras, ya abría el camino. La Carrera de Literatura publicó su lección inaugural en el número 48 de *Cuadernos de Literatura*, el año 2018. En ella dice: “(todos) los prodigios del mundo quedarían reducidos a un círculo precario y mezquino de ideas imperfectas si carecieran de un intérprete, e necesario es la Catorce años después, elegido académico de la Real Academia de la Lengua, quien inauguró la serie impresa de los discursos de ingreso. ¿Con qué tema? El neologismo.

El neologismo. La nueva era un “mal “sin atenuantes, “reo de profanación de cosas santas”, y se propuso sentar al neologismo “en el banquillo de este severo tribunal”, son sus palabras. Don Pedro observa que ese discurso abre la serie imprescindible para escribir del purismo español. El primer discurso de ingreso a la Real

Academia Española impreso en forma independiente es un alegato contra lo nuevo que entra el hombre que inauguró la enseñanza universitaria de la Literatura en La Paz.

Olvaré sobre esto más adelante. Sigo con el género del discurso de ingreso académico para detenerme ahora en su estructura.

La retórica del comienzo de un discurso de ingreso se corresponde con el *exordio* de la oratoria clásica. Cumple los requisitos. Uno lógico: presentar la causa por la que se alega. Y otro psicológico: ganarse la disposición favorable del auditorio: esta parte es conocida como la *epitroche* o *epitrocha*. En el formato oratorio breve de la Real Academia, un rasgo característico de estos discursos es que del *exordio* se pasa de inmediato al elogio del predecesor en la silla y solo después al tema elegido. Según Don Pedro, en los discursos de sus 263 predecesores la variedad temática ha sido la norma: hay estudios de autores, monografías lingüísticas, hay elogios de las letras la comunicación verbal, al arte del idioma y otros.

No falta en ese su inventario un caso admirable. En 1980 la Real Academia creó diez sillones nuevos, más las letras minúsculas. Quienes las estrenaban no tenían predecesor difunto a quien elogiar. A don Gregorio Salvador de todo a “q” minúscula. Convirtió el desamparo letrado en elogio de una letra: el 15 de discurso *Sobre la letra q*. Don Pedro, que ocupa la Q mayúscula, lo llama por eso a don Gregorio su compañero de letra, califico.

mo. Cuando la silla no tiene pasado, el que llega se lo inventa: también eso es arifundia. No es el mismo caso, pero me recuerda el elogio que hizo Juan Carlos Salazar en su discurso de ingreso de la letra “Ñ”, sin ningún desamparo. Fundada por los Borbones, la Academia de la Real Academia Española el modelo de París. No ha sido así. En Francia, el discurso de ingreso a la academia co tiene como tema la salubridad panegírica de su antecesor.

En España, según un uso devenido regla corporativa en 1861, la corona fúnebre de cada académico difunto se teje en sesión ordinaria, Liberado de esa obligación, cada nuevo académico puede elegir libremente el tema de su discurso de ingreso. El elogio al predecesor lo deja en el pórtico, después del exordio, a menos que decida hacer del predecesor o de su obra el asunto entero.

La Academia Francesa conoció un caso extremo de ruptura con los tumbres: el del dramaturgo y novelista *Española*, don Pedro de la Real Academia de la Lengua, a quien recordará en su discurso de 1977 ante don Pedro de la Real Academia de la Lengua, el 24 de junio de 1960, sin haber presentado candidatura para ocupar el sillón 29, vacante por la muerte de André Siegfried, sociólogo y demógrafo. —el padre de la geografía electoral, esa maneras de leer el voto sobre el que don Pedro de la Real Academia de la Lengua, el 24 de junio de 1960, pidió hacerlo no bajo



la majestuosa cúpula del Instituto de Francia, sino en la sala de sesiones ordinarias, sin más público que los académicos y la familia de Siegfried, alegó claustrofobia. En los borradores de aquel discurso ironizó sobre la insinceridad de ese “ejercicio retórico” que es el elogio del predecesor. No fue el primer desacatado, en 1693 La Bruyère había ofendido desde la misma tribuna a colegas vivos, y de aquel escándalo salió la norma de someter los discursos de ingreso a la lectura previa de una comisión bibliográfica.

la paradoja más lejos: cumplió el rito, que debe asegurar la inmortalidad del muerto, cuestionándolo. Hay una característica del género que parece obvia y conviene anotar: estos discursos *se leen*, es decir, *se escriben* antes; y si siquiera el de contestación se libra del requisito. Hay académicos que brillan en la oratoria y a quienes la oratoria por escrito les cuesta. Don Pedro recuerda el caso del escritor gaditano Emilio Castelar, que tardó nueve años en presentar su discurso de ingreso. Cuando le encargaron contestar al dramaturgo José Echegaray, primer presidente de la Real Academia de la Lengua, se tardó siete años; sumados a los cinco que Echegaray ya se había tomado, dieron doce. tuvo doce años de demora. Tres, nueve, siete, doce: la demora, aunque por lo general no tiene consecuencias, le resultó cara a don Pedro de la Real Academia de la Lengua, el 24 de junio de 1960, pidió hacerlo no bajo

otro Premio Nobel, Juan Benavente, el 1912, nunca escribió su discurso de ingreso; en 1946 la Academia lo nombró académico

de honor y declaro vacante su silla.

(El neólogo muere e el Cierro con don Pedro. De algunos discursos del XIX se ras ampulosas de los prohombres de la era isabelina y de la Restauración nos resultan hoy irremediamente anticuadas”, aunque enseguida reconoce que, como piezas retóricas, son alardes de construcción. Cita el del prosaico poeta Ramón de Campoamor, leído en 1862 y empeñado en demostrar que “la metafísica limpia, tal vez no sea la más limpia.” También al de Cayetano de

Fernández, académico para él “ignoto”, empeñado en 1871 en convencer a la corporación de que “la verdad divina da eminente esplendor a la palabra humana”. Campoamor jugaba con el lema que la Real Academia adoptó en 1715, junto con el al fuego: “Limpia, El lema se mantiene por respeto a la tradición, pero ya no describe del todo lo que la Academia hace. La Real Academia de hoy es panhispánica y digital: limpia menos de lo que registra; y fija menos de lo que los usos del español en sus distintos contextos los divulga, y los incorpora en sus diccionarios y gramáticas. Lo del “esplendor” queda sin comentar. Con este marco paso a los discursos de Costa du Rels.

Sigue leyendo en www.elduendeorurocultural.com

Este artículo recoge el contenido del discurso pronunciado en 22 de septiembre de 2026, en la celebración del 99 aniversario de la Academia Boliviana de la Lengua.